para conseguirlo soy yo, se trata de desarmarme ó de suprimirme.

—¡Oh! no. No se trata más que de enriqueceros.

—No quiero más riqueza que el título de Marquesa cuando muera mi suegro... ¡El ser Marquesa vale mucho!

—¿Cuánto dinero valdrá eso?—preguntó resueltamente Enriqueta.

—O mi casamiento es válido, ó no lo es. ¡Si no lo es, no vale nada! Si lo es, soy Marquesa y no vendo mi título.

—Pues bien—dijo la señora de Herblay con mucha frialdad.—Debéis sacar el mejor partido posible, y vender lo mejor que podáis lo que no os pertenece. Vuestro matrimonio es nulo.

—¿De veras? ¿Lo creéis así?

—El artículo 170 del Código civil francés dice que «el matrimonio entre un francés y una extranjera es válido, *con tal que*, escuchad bien: *con tal que* se haya verificado con arreglo á lo prescrito en el artículo 63 de la ley francesa,» es decir, «con tal que se hayan verificado las publicaciones en la alcaldía del punto de que sea natural el francés...» De modo que, os pido mil perdones por este lenguaje legal, el Conde de Montbrun, por ejemplo, casado por un clérigo inglés con una inglesa, con vos, supongamos, y no habiendo cumplido las prescripciones de la citada ley francesa, puede pedir cuando le plazca la anulación de ese contrato... ¡Por eso os he dicho antes que

aprovechéis la ocasión, puesto que nada vuestro vendéis!...

—Según eso, lo que yo debía haber exigido del Conde es que nos hubiéramos casado ante el cónsul francés.

—No hubiérais adelantado nada. El matrimonio no sería menos nulo por eso. Es raro, pero es cierto: el cónsul no tiene atribuciones más que para casar á un francés con una francesa, pero no con una extranjera, sobre la cual no ejerce jurisdicción.

—Voy creyendo—dijo Elena después de haber mirado con asombro á Enriqueta—que el señor de Montbrun os ha mandado aquí como abogado.

—¡Sí, y como negociante!... Hablemos claro, y nos entenderemos. El señor de Montbrun quiere ser libre y vos queréis ser Marquesa. Hay un término medio: contentaos con ser rica, y mi misión habrá terminado.

—¿Es decir, que?...

—Que á cambio del acta de casamiento, vulnerable y nula en Francia, el Conde Roberto de Montbrun os da toda la fortuna que posee de su madre, quien, podéis estar segura de ello, hubiera dado hasta el último céntimo por rescatar á su hijo.

—¿A cuánto asciende esa fortuna?

—¡A cuatrocientos mil francos! ¡Por un papelote cualquiera, me parece un bonito negocio! ¿Lo tenéis con vos?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APDO. 1625 MONTERREY, MEXICO

—No—dijo con sequedad Elena.—¡Lo dejé en París!

Reflexionó cortos momentos, al cabo de los cuales preguntó:

—¿Y mi hija?

—¿Vuestra hija?

—Sí, Cipriana.

—¡Ah! El Sr. de Montbrun la adora. Y puesto que él la tiene, debe continuar con él.

Y añadió sonriendo:

—Sed franca, vuestra hija os inquieta poco. ¡La costumbre de no verla!...

—¿De suerte—dijo Elena con sorda rabia—que aquella mujer se queda con mi marido y con mi hija?...

—Sí, aquella señorita—contestó dulcemente Enriqueta.

Miró á la inglesa frente á frente, y añadió con ligera y casi amistosa ironía, ironía de parisiense:

—¡Doscientos mil francos por el contrato matrimonial, doscientos mil por vuestra hija y para vos la libertad!

Elena, encogiéndose de hombros, replicó:

—¿Y si rehuso?

—Peor para vos. Si el padre, si el Marqués reclama la nulidad de ese matrimonio, contraído sin su consentimiento y sin llenar los requisitos legales, la obtendrá inmediatamente. Y el Marqués la reclamará, puedo afirmároslo.

—¿No temerá el escándalo?

—Entre el escándalo que vos daríais y el que él pueda causar, preferirá el suyo.

—¡Tenéis unas magníficas leyes en vuestro país!... ¡Confié en la palabra de honor de un caballero francés!...

—También el caballero francés confió en vuestra honradez—dijo con lentitud Enriqueta.

Elena se levantó, y, saludándola:

—Está bien—dijo.—Lo reflexionaré.

—¿Para qué queréis reflexionar?

Una contracción rápida como un relámpago alteró el rostro de la inglesa, de ordinario tan tranquilo.

—¿Por qué? Porque no debe una dejarse despojar tan fácilmente de sus derechos y de su nombre para verlos en poder de otra. ¡Me falta el dinero! ¡Oh, si tuviera dinero!...

—¿Dinero? ¡Lo tendréis si lo queréis!

—¡Renunciando á mis derechos!...

—¡No se puede lograr todo en este mundo; pensadlo bien! Espero vuestra respuesta mañana en Dammarie. Adiós.

—Cederá—pensó Enriqueta; pero al otro día ni al siguiente llegó la respuesta.

Cuando ya iba impacientándose la señora Herblay, dos días después de la entrevista, recibió un telegrama de París que decía:

«Llevaré el contrato el domingo. Esperadme en Melun á las dos. Acepto.—E. M.»

La señora Herblay dió un grito de triunfo al leer el telegrama.

—¡El domingo! ¡Justamente era el día de la votación! Sería, pues, un día de emociones para ella. Estaba muy contenta por haber podido retener hasta ese día al comandante y á su sobrina, y citado al Conde de Montbrun á las seis y media de la tarde.

Mientras se verificaba la votación, Ducasse estaba pálido. Un sudor frío invadía todo su cuerpo. Le habían asegurado que Garousse tenía grandes probabilidades de triunfo. Los electores no habían visto en lo ocurrido en la estación más que á un soldado maltratando á un servidor del pueblo. La Fuerza aplastando á la Justicia.

Charvet le decía con gravedad:

—Joven: ante la urna electoral el candidato, es donde, como ante la boca del cañón el soldado, debe mostrar su entereza.

Ducasse no respondía, no le oía, la emoción le embargaba.

La señora Herblay, antes de ir á la cita con la inglesa, se mostró por todas partes, deslizando al oído de los electores decisivas promesas.

—¡Esta tarde—pensaba,—esta tarde venceré por Ducasse, ó seré vencida por Garousse!

Pensando en esto se dirigió al lugar de la cita con Elena, que salió á recibirla. Al llegar á la puerta de la sala, Elena, sin pronunciar una palabra, sacó un papel de una cartera, y, mostrándoselo, la dijo:

—¡Aquí está el documento!—y señaló á Enriqueta la firma del pastor Burton y del notario Hartey cerca de la de Roberto y de la suya.

—Y aquí también el documento extendido á petición mía, y que os pertenece. El Sr. Trapelard, notario del Sr. de Montbrun, os remitirá lo que ya es vuestro. No tenéis necesidad de ver al Conde.

—¡Me alegro!—dijo la inglesa.

Miró aquel papel timbrado, aquel acta notarial que la devolvía su libertad, y con frialdad, con marcada resolución, preguntó si la justicia francesa la disputaría ahora su fortuna.

—¡No—contestó Enriqueta;—es un pago que se os hace, y que ninguna ley puede disputaros!

Elena cogió el acta entre sus lindos y blancos dedos y la rompió en pedacitos pequeños, que dejó caer en montón sobre la mesa, diciendo:

—¡Eso es todo lo que resta del amor! ¡Bien poca cosa!

—¿Y esto?...—dijo con ironía Enriqueta, mostrándola el acta de donación de Roberto.

Después, recogiendo los papelitos, añadió:

—El señor de Montbrun tendrá quizás curiosidad por ver los restos de su acta matrimonial.

Se despidió después de esto, diciendo desde el dintel de la puerta:

—¡Buena suerte!

La inglesa se encogió de hombros, sin responder.

Aquella tarde Charvet, silencioso y grave, esperaba en la biblioteca de la señora Herblay noticias de la elección. Y cerca de él, nerviosa, agitada, Enriqueta, se decía que á aquella hora debía haber terminado ya el escrutinio en todas partes, y que, por consiguiente, la suerte de Ducasse estaba decidida. Iba y venía, sin poder estar dos minutos en ninguna parte.

Por fin, y no pudiendo contener su impaciencia, se asomó á una de las ventanas de la biblioteca para ver llegar á los emisarios. Tan absorta estaba en esto, que no fijó la atención en un agradable grupo que paseaba bajo los castaños. Componíanle un hombre de edad, en cuyo brazo se apoyaba una joven; delante de ellos, y señalando á una niña rubia—convaleciente aún, pero de animada fisonomía,—otro hombre joven les decía:

—¿No es verdad que querréis mucho á mi Ciprianita? ¡No tiene en el mundo más que á mí, y si yo me voy de Francia no tendrá más que á vosotros!...

—¿Y vuestro padre?—exclamó Verdier, que sentía el brazo de su sobrina temblar entre el suyo.

Roberto, haciendo un poderoso esfuerzo,

—Si vos quisiérais, comandante...—dijo.—Hay un medio de que Cipriana tuviera un padre, y...

Se detuvo al ver la palidez de Gilberta, y pasado un instante, murmuró entre dientes:

—¡Y una madre!

Verdier había comprendido, y su huesosa mano buscaba nerviosamente la de Gilberta.

—¡Ah! ¡Nosotros somos pobres, señor Conde!...

—Mi comandante—dijo éste con voz firme.—He pagado con toda mi fortuna el rescate de mi libertad. ¿Queréis conceder á uno de vuestros antiguos subordinados, más pobre hoy que vos, la dicha de formar parte de vuestra familia? Tengo el honor de pediros, para esposa mía y madre de Cipriana, á vuestra sobrina Gilberta.

El pobre comandante temblaba y las lágrimas asomaron á sus ojos; buscaba en la mirada de su sobrina una contestación; pero ésta, fría como un mármol, no respondía nada, aunque toda su alma parecía estar reconcentrada en sus hermosos y tristes ojos.

La joven permaneció muda, y el soldado parecía decir á Roberto:

—Os ama; pero como yo me opondría, se opone ella.

Una voz delicada, la vocecita de Cipriana, les sacó de tan difícil y embarazosa situación.

—Papá tiene razón...—dijo empujando á Gilberta hacia el Conde.—¡Haz lo que te dice papá, sé mi mamá! ¡Te quiero tanto! ¡Mucho, mucho! ¡Y te querré más!

Sin pronunciar una palabra, y anegada en llanto, Gilberta dejó caer su mano entre las del Conde.

En aquel momento se oyeron fuertes gritos por la

parte afuera del jardín y á poco paró un carruaje á la puerta. Ducasse bajó de él precipitadamente, loco de alegría.

—¡Melun, 7.000 votantes!... ¡Para mí 5.800 votos; para Garousse 1.200!... ¡Magnífico!...

La señora Herblay, que al ver venir á lo lejos el coche había bajado precipitadamente de la biblioteca, le saludaba con entusiastas ¡bravos!, palmoteando al mismo tiempo con sus blancas y lindas manos.

Ducasse se enjugaba la frente: ¡Qué emoción! ¡Qué batalla! ¡Austerlitz!... ¡Aquello había sido Austerlitz!

—¡Sin la muerte de Pitt! ¡Por el contrario, con el advenimiento de Pitt!—dijo Enriqueta sonriendo.

De cuarto en cuarto de hora seguían llegando nuevas noticias. Fournerel trajo el resultado de la votación de Chailly: ¡Garousse, derrotado!

Casi todos los electores habían votado por Ducasse, á excepción de algunos mineros fieles á Verdier, á pesar de haber retirado éste su candidatura.

Guenaut, sofocado, congestionado, llegó de Barbizon. ¡Victoria en toda la línea! Ducasse parecía ensancharse con las noticias, estaba que no cabía en el pellejo. El notario Cappois deslizó muy bajito á su oído estas frases:

—¡Cuando seáis Ministro, estableced el escrutinio por lista!

La gran electora había pedido hacía ya algún

tiempo para aquella tarde un servicio de fuegos artificiales, con el que celebrarían la victoria, y la murga de Dammarie se disponía ya á darles serenata.

—¡Doce mil quinientos votos!—gritaba Guenaut. —¡Garousse, cuatro mil! ¡Valiente puñado!

—¡Yo tuve doce mil setecientos cuarenta y dos votos!—dijo Charvet, á quien Ducasse se apresuró á replicar:

—¡Esperad, esperad, mi querido senador, me faltan aún dos secciones!

—¡Vamos—dijo la señora Herblay mirando á Emilio llena de orgullo,—la sucesión Charvet es nuestra!...

Volvióse hacia Roberto, que con el comandante y Gilberta estaba en el salón, y como acordándose de pronto, sacó un sobre del bolsillo lleno de pedacitos de papel y, tendiéndolo al señor de Montbrun:

—¡Con todo esto me había olvidado!... ¡Estos papeles os pertenecen!

Y como Charvet, lleno de curiosidad, preguntase qué era aquello,

—¡Estad tranquilo, mi querido senador—le dijo, —no son papeletas electorales!

Después, tendiendo una mano á Ducasse y la otra á Roberto,

—¡Uf!—dijo.—He hecho un diputado. No es la primera vez. He hecho un matrimonio, eso no es raro. ¡Pero he deshecho también un matrimonio: eso

es original! ¡No he perdido el tiempo! ¡Vaya, vámonos á ver los fuegos!

La pieza más principal de los fuegos, que fué saludada por la murga de Dammarie y los hurras de la multitud, á la cual se había dejado el libre acceso al jardín de la gran electora, llevaba esta inscripción: *Al sucesor del Sr. Charvet.* Y en su derredor Emilio, tuvo la alegría de oír repetir una y otra vez este grito, que le ensanchaba el corazón:

—¡Viva Ducasse!

—Este es el hombre que necesitaba el distrito—dijo Cappois.

—¡Allá veremos!—respondió Guenaut.

Y mientras que los últimos cohetes se elevaban, Verdier, se decía que todo aquel ruido, aquella alegría, aquellos clamores y aquel triunfo no valían lo que una lágrima de alegría de las vertidas por Gilberta al verse amada, y con esto el comandante estaba muy contento y era muy feliz.

XX

Han pasado algunos días. Las calles de Melun están engalanadas, y un gentío inmenso discurre por ellas. Por todas partes se ven letreros como estos: *¡Viva Jacques Amyot!* y *¡Viva la República! ¡Homenaje á Jacques Amyot!...*

Esto era cosa del nuevo diputado, que quería que en adelante la villa de Melun tuviese su fiesta anual á su grande hombre, como Versalles tiene la de Hoche y Chartres la de su héroe Marceau. Le fué muy difícil conseguirlo, porque la municipalidad expuso que Amyot había sido Arzobispo de Auxerre y gran limosnero del Rey, y no quería que la fiesta tomara un carácter clerical.

—¿Cómo clerical? ¡No sabéis que Amyot fué acusado de tener simpatías por los hugonotes, y que tradujo á Plutarco?...

El nombre de Plutarco concluyó la discusión, y quedaron conformes con Ducasse. Este propuso á